

SERMON PARA EL DIA NUEVE.

Obligacion de aprender las verdades de la fe cristiana, y de vivir conforme á ellas.

*Post te curremus in odorem
unguentorum tuorum.*

En pos de tí corremos al olor de tus
ungüentos.

CANT. I.—5.

Nada mas interesante, A. H. M., nada mas vehemente y conmovedor que el afan que demuestra la Esposa santa del Cantar de los cantares por buscar á su celestial y amado Esposo, para unirse íntimamente con Él en aquel íntimo consorcio que nosotros no comprenderemos perfectamente sin elevarnos á sublimes consideraciones. «Muéstrame, tú á quien ama mi alma, dice esa Esposa santamente apasionada, donde apacientas, donde sesteas al medio dia, para que no comience á vaguear tras los rebaños de tus compañeros. Mi amado para mí, y yo para Él que apacienta entre los lirios. Busqué al que ama mi alma, y no le hallé. Me levantaré y daré vueltas á la ciudad; por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma; le busqué y no le hallé. Me encontraron los centinelas que guardan la ciudad. ¿Visteis por ventura, les dije, al que ama mi alma? Cuando hube pasado de ellos un poquito, hallé al que ama mi alma; yo le así, y no le dejaré:» *tenui eum, nec dimittam.*

Estos vehementes deseos, esta tierna é incansable soli-

itud del alma fiel por buscar á Dios su Esposo, y despues de hallarle conservarle en su corazon con el mayor cuidado, reflejan admirablemente en la Santísima Virgen María, representada en la Esposa de los Cantares. Yo no pretendo ocuparme hoy de los incesantes esfuerzos de María, cuya vida fué un continuado sacrificio, para estrechar mas esa union celestial con la práctica de todas las virtudes en el grado mas heróico de perfeccion. Debo limitarme, para vuestra enseñanza, á sus deseos en aprender las verdades de la fe, penetrando las santas Escrituras donde mas principalmente se contienen, y aprovechando en la escuela de Jesus su divino Hijo, cuyas máximas recoge con avidez y practica con escrupulosidad. Y en este concepto ¡qué admirable se ostenta María, y que modelo tan perfecto es para nosotros, á fin de interesarnos en imitarla! *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Así es que, A. M., abrasado el corazon de la Virgen Santísima en el fuego del amor divino, no podemos formar una idea justa del fervor de sus meditaciones, de la sublimidad de su contemplacion. Ese amor la llevó siempre al retiro, y en el retiro hallaba el contentamiento á sus elevados deseos; porque allí recibia el inefable placer que experimentaba en aquellas comunicaciones íntimas que tenia con Dios. Poseyendo perfectamente la lengua hebrea, que era la lengua original de los libros santos, segun testimonio de Epifanio sacerdote de Constantinopla y de San Anselmo, María tenia además una inteligencia sobrenatural de los sagrados libros, y de todos los misterios que contienen, y esos misterios eran su continua meditacion. «Si nosotros, decia S. Pablo, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado.» ¿qué ilustraciones recibiria del cielo la Virgen Santísima en la lectura de las Escrituras santas que con tanto cuidado leia y meditaba? Por ello no parecerá es-

traño que San Antonino diga: «La Sagrada Virgen tuvo la ciencia teológica, y la aureola de doctora con mayor ilustracion que los doctores de la Iglesia, y por esto fué figurada en el arca del testamento que tenia dentro de sí la ley de Dios.»

Si á esto agregamos la frecuente y hasta familiar comunicacion con la Sabiduría increada, Jesus nuestro Dios, á quien habia concebido en sus entrañas, y alimentado con sus pechos, precisamente hemos de convenir en que, no solo por la iluminacion del Espíritu Santo, mas tambien por su aplicacion y esperiencia de las verdades de la fe que en Ella tuvieron cumplimiento adquirió el conocimiento que tanto anhelaba; y asi lo confirma San Lucas, cuando nos dice que María guardaba, y meditaba las palabras y acciones de su Hijo, y todo lo que de Él se decia para alimentar su piedad y su fe que cada dia se acrecentaban, practicando lo que una y otra virtud le enseñaban: *et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

A la vista de este perfectísimo modelo yo no dudo, A. H. M., que nosotros progresems en el estudio de las importantes verdades de la fe cristiana, acariciando en nuestra alma los mismos deseos de buscar al Amado de nuestro corazon en toda ocasion, y á toda hora, y con toda diligencia, como lo hacia la amantísima Esposa de que se nos habla en los Cantares, que es María nuestra buena Madre, y que á la vez hagamos grandes adelantos en el camino de la virtud, poniendo en práctica las saludables enseñanzas de la fe. He aqui porque, despues de haberos demostrado en el dia de ayer las relaciones de la fe con la razon y sus admirables excelencias, y teniendo presente la conducta edificante de la Madre de Dios, voy á recordaros la obligacion en que todos nos hallamos de aprender las verdades de esa misma fe cristiana, y como consecuencia de este deber, el de vivir conformes á esa virtud sobrenatural: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Señor, «quitad el velo de mis ojos, os diré como David vuestro siervo, y consideraré las maravillas de vuestra ley. Instruidme en el camino de vuestras justificaciones, y me ejercitaré en vnestras maravillas.» Esto os pido para mí, á fin de que con mis palabras, que serán vuestra santa inspiracion, pueda inculcar esas mismas verdades á vuestro pueblo, é inclinarlo á la práctica de ellas; y os lo pido por la mediacion de vuestra Madre Santísima, á quien saludamos con la oracion angélica.

AVE MARÍA.

I.

Al pensar seriamente, A. H. M., sobre el estado actual de nuestra sociedad, tan lamentable por su descreimiento, como por la inmoralidad que este engendra, hemos de convenir en que su perversion, mas que á la malicia del corazon, y á los estravios de la inteligencia, se debe á la ignorancia de las verdades que la fe nos enseña. El hombre del siglo XIX engreido con las luces de su razon, limitándolas al descubrimiento de los intereses materiales, y al ensanche de los goces terrenos, poseido de un vértigo que lo lleva á adquirir honores, riquezas, placeres, á costa de grandísimos sacrificios, ha llegado á mirar con desden, sino con desprecio, el estudio de las verdades altísimas de la fe cristiana que dicen relacion principalmente á los intereses espirituales, á los goces sobrenaturales. Quizá no quiera estudiar estas verdades, «ni entenderlas para no ser inquietado en las torcidas sendas en que ha entrado, y para no tener que practicar el bien:» *noluit intelligere ut bené ageret.* Ignora desgraciadamente la ciencia de Dios, las verdades de la fe, y sin embargo, «tiene la pretension de pasar por doctor de la ley sin entender lo que dice, ni lo que afirma:» *volentes esse legis*

doctores, non intelligentes neque quæ loquuntur, neque de quibus affirmant. Preciso es hacerle saber la obligacion que tiene de aprender esas enseñanzas, segun lo reclaman su propia dignidad, y su mision sobre la tierra para empeñarle á seguir los pasos de nuestra Madre Santísima Maria en la inquisicion de esas sublimes enseñanzas: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

El hombre, A. H., es un ser pensador y libre; la variedad de sus pensamientos, la rapidéz de sus deseos, la grandeza de sus designios, la inmensidad de sus esperanzas; el imperio que ejerce sobre la materia, el movimiento que la imprime, las formas variadas que le dá; los asombrosos descubrimientos que cada dia hace su inteligencia en la esfera de las ciencias, de las artes, de la industria y de la agricultura; hasta su misma actitud corporal, que es como de quien manda, teniendo su cabeza levantada que mira al cielo, y presenta una faz augusta sobre la que está impresa el carácter de su dignidad, en que se vé retratada la espresion de su alma, y en que se descubre la excelencia de su naturaleza, animada hasta en los rasgos de su fisonomia, y en su andar seguro é imperioso; todo esto que revela la dignidad de su ser, la nobleza de su origen y la grandeza de su destino, no lo esplica la sola razon humana. Una filosofia degradada y mezquina trata al hombre como efimero insecto, le hace descender de los monos, como en estos dias se ha pretendido demostrar en nuestra ilustrada capital en un acto académico muy solemne, consultando apasionadamente á los filósofos materialistas, y su destino se le señala en la lobreguez del sepulcro, donde con su cadáver se sepulta y se pierde su alma. ¡Ah! no son los libros de esos filósofos, que tan torpemente ultrajan la dignidad humana, donde hemos de encontrar los títulos de nuestro origen y las garantías de nuestro destino; hemos de consultar los libros sagrados de la revelacion divina, y en esos libros hallaremos que el hombre es el

hijo del Criador en quien refleja la imágen y semejanza de este Señor; que el hombre es el heredero del cielo, si usando de su libertad, único ser que posee este don de Dios entre todos los seres terrenos, practica el bien y se aparta del mal; que el hombre es el ciudadano de la eterna Sion, en tanto que todo lo que le rodea habrá de aniquilarse un dia. Estas verdades consoladoras y sublimes no las puede enseñar sino la fe católica, y de aquí la necesidad de aprenderlas consultando su propia dignidad: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Esta necesidad y obligacion sagradas surgen además de la consideracion atenta de la mision que el hombre tiene que desempeñar sobre la tierra. «Efectivamente, os diré con un elocuente escritor: ¿por qué pasamos algunos dias en este mundo? El catecismo nos dice que es para conocer, servir y amar á Dios que en la tierra nos ha puesto, y por este medio alcanzar la vida eterna.» Y la vida eterna, nos dice el divino Maestro, estriba toda en que os conozcan á Vos único Dios verdadero y á Cristo Salvador que les habeis enviado.» Podemos desafiar á todos los filósofos nacidos y por nacer á que señalen otro fin, que sea algo adorable, á la existencia de doscientos mil millones de individuos que nos precedieron en la dolorosa peregrinacion de la vida, su viaje terrestre y el nuestro seria el mas incomprensible misterio, si su fin no tuviese, como siempre lo ha creído el género humano en despecho de los clamores del ateismo, en un mundo «habitado por la justicia, en un mundo en el cual cada uno recogerá aquello que haya sembrado acá en la tierra;» el bien ó el mal. Y si la vida eterna consiste en el conocimiento y amor de Dios y de Jesucristo, el buen empleo de la vida temporal ¿no consistirá «en crecer así en gracia como en conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo?» Justo castigo de «aquel que por su culpa ignora, es el ser eternamente ignorado;» y como por Jesucristo se ha dicho de antemano que

rechazará á las vírgenes necias, culpables únicamente de haber dejado apagar en su alma las lámparas de la fe, y que contestará á todas las instancias: en verdad os digo que «no os conozco,» ¿no veis que de ello nace para todo católico no destituido de inteligencia, la obligacion rigurosa, indispensable de conocer hasta lo conveniente las cosas que se han de creer y practicar?»

Permitidme, M. H., os advierta que la obligacion de aprender las verdades de la fe os impone tambien otro deber de que no podemos prescindir al hacer ese estudio, y es la prontitud con que debeis creer esas verdades y la abstraccion que debeis hacer de las señales sensibles, principalmente de las extraordinarias para adquirir la fe. Esa prontitud la reclama el mismo estudio que debeis hacer de los motivos de credibilidad. Estos son tan poderosos y convincentes que producen en el alma una evidencia moral, siempre que los acompañan las ilustraciones sobrenaturales de la gracia divina y la autoridad de la Iglesia que nos propone los dogmas de la fe para creerlos. ¡Ah! ¿quién sino aquel que se obstina por sistema ó apasionadamente en la incredulidad puede rechazar esos motivos que lo impulsan á creer? Examinadlos detenidamente, segun el criterio de la razon ilustrada por la gracia, para que «vuestro homenaje á la fe sea racional;» oid á la Iglesia para que entendais lo que os propone. Pero despues que os certifiqueis de los fundamentos de la fe, no dudad en aceptarla; la tardanza en creer sus gloriosas verdades despues de esto seria una infidelidad criminal que pudiera ser castigada por el abandono de Dios á vuestro propio sentido, á vuestra falsa sabiduria que en este caso llegaria á ser en vosotros una locura ó una insensatez, segun la frase del Apóstol; *evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipientes cor eorum. Dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.*

Además; tened cuidado, A. M., de no exigir de Dios pa-

ra creer los dogmas que se ha dignado revelarnos, y los hechos maravillosos que la fe os enseña, las señales milagrosas de que Jesus nuestro Salvador hablaba á aquel Señor de la córte cuyo hijo se hallaba enfermo en Cafarnaum, cuando le decia echándole en cara su poca fe: «Si no viereis milagros y prodigios no creéis:» *nisi signa et prodigia videritis, non creditis*: Porque si para creer se necesitan medios cuales son los milagros ¿dónde está entonces el mérito de la fé? Si no bastan los medios ordinarios para creer cuáles son los motivos de credibilidad que nos conducen á hallar la autoridad infalible de la Iglesia que debe ser el fundamento de nuestra fe, ¿entonces no hacemos depender esta de nuestras luces particulares, y por consiguiente de nuestras apreciaciones, dejando en este caso de ser la fe un don sobrenatural que nos inclina á creer lo que Dios nos ha revelado por medio de su Iglesia? ¡Ah! no olvidad por Dios al aprender las verdades que la fe nos enseña, que no está prometida la bienaventuranza á los que creen por necesidad y con evidencia, sino á aquellos que espontáneamente y sin esa evidencia de los sentidos prestan su asentimiento á las verdades de la fe: *beati qui non viderunt et crediderunt*. Así lo practicó nuestra Santísima Madre María, quien, lejos de exigir milagros al arcángel S. Gabriel para creer los incomprensibles misterios que le anunciaba, asiente á ellos humildemente, con prontitud y sin vacilaciones, y por esta fe sublime merece ser bienaventurada: *Beata quæ credidisti*. Bienaventurados seremos tambien nosotros si imitamos en la fe á María; porque además de la obligacion que aquella nos impone de aprender sus santas enseñanzas, como lo practicó la Virgen de nuestros cultos, necesitamos como esta Señora vivir conforme á las prescripciones de esa misma fe: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

II.

Nuestra sacrosanta religion es, A. H., eminentemente práctica. No será pues suficiente que, llenando la sagrada obligacion de aprender las verdades de la fe, de que venimos ocupándonos, lleguemos por un favor de Dios á creerlas, si á esta fe no agregamos la práctica de las buenas obras, si no conformamos nuestra vida moral y religiosa con los sacrosantos principios que la fe nos enseña para salvarnos, estando escrito para nuestra enseñanza que «el que cree á Dios atiende á sus mandamientos:» *qui credit Deo attendit mandatis*. Grandemente equivocados andan nuestros desgraciados hermanos los protestantes cuando pretenden sostener que la fe justificante consiste en creer firmemente que nos son imputados los méritos de Jesucristo, y que nuestros pecados nos son perdonados, añadiendo que en ningun sentido son las obras buenas la causa de nuestra justificacion, y deduciendo de aquí erróneamente que esas obras buenas no tienen mérito alguno; sin tener en cuenta estas terminantes palabras del apóstol Santiago: «¿Qué aprovechará, hermanos míos, á uno que dice que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarlo?» *numquid poterit fides salvare eum?* Necesario es por lo tanto demostrar, siquiera sea brevemente, la insuficiencia de la fe sin las buenas obras, y la necesidad de las buenas obras en consonancia con la fe cristiana para alcanzar la salvacion.

No seré yo, A. H. M., quien pretenda sostener que la fe es innecesaria para justificarnos delante de Dios, sabiendo que el Santo Concilio de Trento ha definido que es el principio, el fundamento y el origen de toda justificacion, y que sin ella es imposible agradar á Dios. Pero entre esta verdad dogmática, y el error que afirma que sola la fe justifica al impio de tal manera que para conseguir la gracia de la jus-

tificacion no se requiere otra cosa, hay una diferencia inmensa. Los que tal error defienden con Lutero, diciendo que Dios nos tiene por justos cuando por medio de la fe nos apropiamos la justicia y la santidad de Jesucristo, y que el hombre es justo en el momento en que cree serlo con entera certidumbre, además de desentenderse del testimonio de Santiago que asegura que «así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así tambien la fe es muerta sin las obras» adoptan una senda para la salvacion que, si segun es cómoda, fuera segura, no dejaria de seguirse por muchos, toda vez que con esa teoría anticatólica no se necesitan para la justificacion ni entran en ella para nada el arrepentimiento de nuestros pecados, la confesion que de ellos hacemos, la resolucion de corregirnos y de satisfacer á la divina justicia con buenas obras, ni los sacramentos contribuyen en nada para justificarnos.

Una observacion ocurre, sin embargo, que debe desvanecer esta afirmacion de la escuela protestante, si es que esta no pretende ponerse en contradiccion con la buena lógica, y con la razon teológica. Es indudable que los ladrones, los avaros, los hombres dados á la embriaguez, los maldicientes y otros pecadores, pueden estar iluminados por la antorcha celestial de la fe, por mas corrompido que tengan su corazon; y tanta verdad es esto que hasta «los mismos condenados en el infierno creen» convencidos de la verdad de las cosas, y se estremecen bajo el supremo poder de la majestad de Dios que reconocen: *dæmones credunt et contremiscunt*. Pues bien, A. H. M.; S. Pablo nos ha dicho sin género alguno de vacilacion, como inspirado que estaba por el Espíritu Santo, que «ni los ladrones, ni los avaros, ni los dados á la embriaguez, ni los maldicientes, ni los fornicarios, ni los adoradores de los ídolos, ni los adúlteros, ni los inicuos, poseerán el reino de los cielos:» *an nescitis quia iniqui regnum Dei non possidebunt?* Luego es evidente que la fe